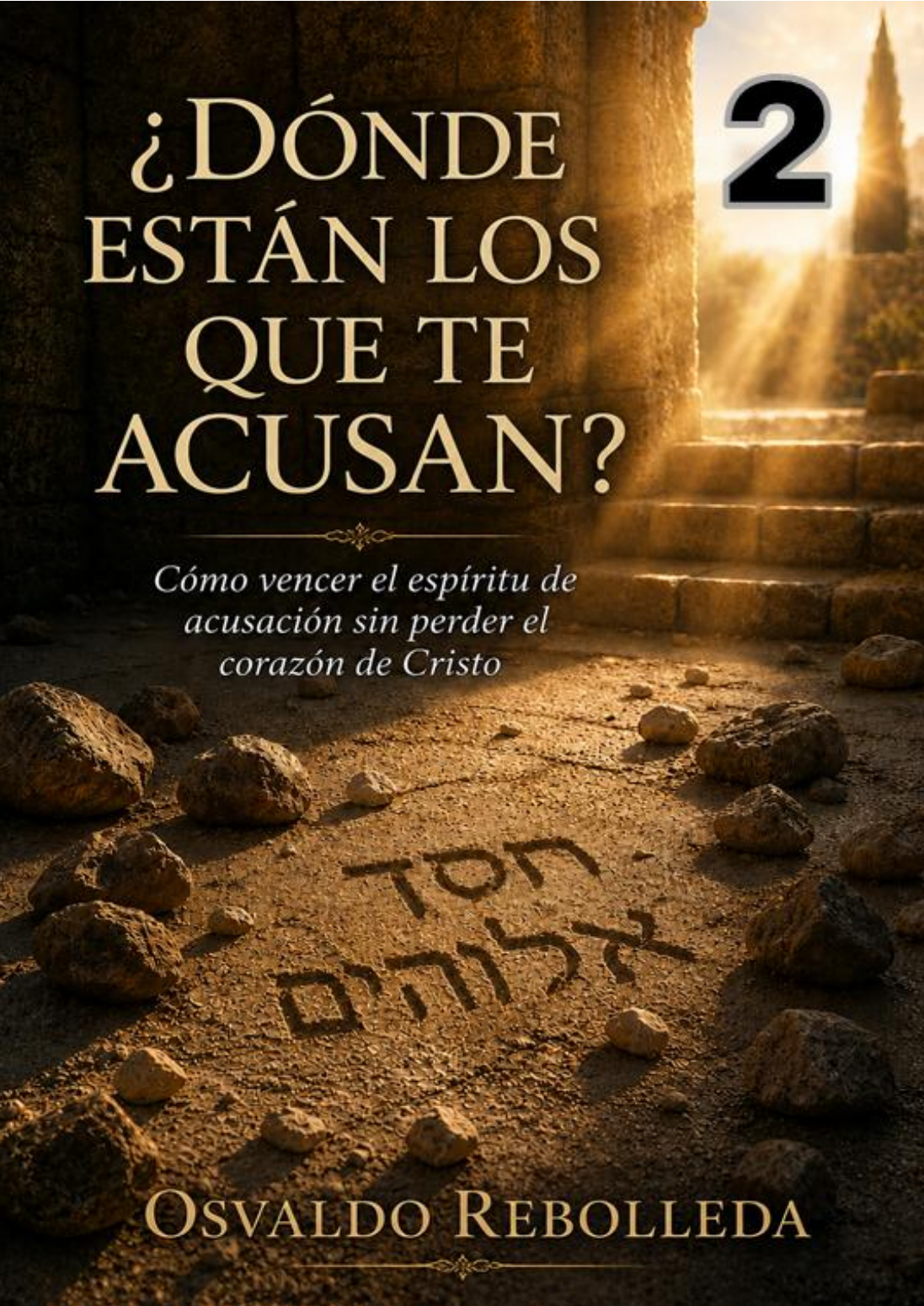


The background of the book cover is a photograph of a stone wall and steps leading up to a building, with a bright sun shining from the right, creating a lens flare effect. In the foreground, there are several large, dark, irregularly shaped stones scattered on a light-colored, textured ground. In the center of the ground, there is a faint, dark, stylized drawing or etching that appears to be a map or a diagram, possibly representing a city or a geographical area. The overall tone is warm and dramatic, with strong contrasts between light and shadow.

2

¿DÓNDE ESTÁN LOS QUE TE ACUSAN?

*Cómo vencer el espíritu de
acusación sin perder el
corazón de Cristo*

OSVALDO REBOLLEDA

¿DÓNDE ESTÁN LOS QUE TE ACUSAN?

“Cómo vencer el espíritu de acusación sin perder
el corazón de Cristo”



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Corrección solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD IA -**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
--------------------------	----------

PARTE I

LA IDENTIDAD QUE VENCE LA ACUSACIÓN

Capítulo uno:	
¿Por qué Jesucristo nunca acusó?.....	12
Capítulo dos:	
La gracia rompe el ciclo de la acusación.....	18
Capítulo tres:	
La justificación: el fin de toda acusación.....	25
Capítulo cuatro:	
Hijos, no acusados.....	32

PARTE II

DEJANDO LAS PIEDRAS

Capítulo cinco:	
El ministerio de la reconciliación.....	40
Capítulo seis:	
Una nueva creación sin acusaciones.....	47
Capítulo siete:	
Pensar con la mente de Cristo.....	54
Capítulo ocho:	
Restaurar con espíritu de mansedumbre.....	61

PARTE III
LA VICTORIA SOBRE TODA ACUSACIÓN

Capítulo nueve:

Embajadores de la reconciliación.....69

Capítulo diez:

Victoria definitiva sobre la acusación.....75

Capítulo once:

El día que toda acusación callará.....80

Reconocimientos.....86

Sobre el autor.....88



INTRODUCCIÓN

Hay momentos en la vida en los que resulta necesario detenerse para mirar hacia atrás antes de continuar avanzando. No para permanecer viviendo en el pasado, sino para comprender con mayor claridad el camino que hemos recorrido.

Después de haber transitado las páginas del primer tomo, el lector ha contemplado una realidad que, aunque siempre estuvo presente en las Escrituras, muchas veces permaneció oculta detrás de nuestras costumbres religiosas y de nuestra manera habitual de interpretar los conflictos humanos.

Hemos visto cómo la acusación atraviesa la historia de la redención, cómo se infiltra en la religión, cómo adopta el lenguaje de la cultura, cómo procura destruir la identidad de los hijos de Dios y cómo, aun siendo absolutamente inocente, Jesucristo soportó el peso de las más injustas condenaciones. Sin embargo, sería un profundo error detenernos allí.

Si cerraran el primer volumen pensando únicamente en el poder del acusador, habrían comprendido el problema, pero todavía no habrían contemplado la respuesta. Y el Evangelio jamás fue escrito para que los hijos de Dios vivamos fascinados por las estrategias de las tinieblas. Toda la revelación bíblica conduce siempre hacia una Persona. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, las Escrituras levantan

nuestros ojos para que contemplemos al Hijo de Dios. Él constituye el centro de la historia, el cumplimiento de las promesas, la revelación perfecta del Padre y la respuesta definitiva para toda necesidad del hombre.

Por esa razón este segundo tomo no comienza mirando nuevamente al acusador. Comienza mirando a Cristo. Esta diferencia no es simplemente un recurso literario. Constituye la esencia misma del Evangelio. El enemigo siempre procura ocupar el centro de nuestra atención, aunque sea por medio del temor que produce su propia actividad.

Cristo, en cambio, nos invita continuamente a fijar los ojos en Él. El acusador intenta convencernos de que el conflicto es demasiado grande; el Señor nos recuerda que Su victoria ya fue consumada. Uno dirige permanentemente la mirada hacia la herida; el otro revela la eficacia eterna de la cruz.

A lo largo de la historia de la Iglesia no han faltado creyentes que dedicaron enormes esfuerzos a estudiar las obras del diablo mientras apenas dedicaban tiempo a contemplar la gloria de Cristo. El resultado casi siempre ha sido el mismo: una espiritualidad dominada por el miedo, por la sospecha y por una permanente sensación de amenaza. Sin proponérselo, terminaron atribuyendo al enemigo un protagonismo que las Escrituras nunca le conceden.

La Biblia no gira alrededor de Satanás, gira alrededor de Jesucristo. Las primeras páginas anuncian Su venida, los

profetas preparan Su camino, los Evangelios revelan Su vida, las cartas explican Su obra, el Apocalipsis proclama Su victoria definitiva. Todo converge en Él.

Cuando esta verdad vuelve a ocupar el centro de nuestra fe, también cambia nuestra manera de enfrentar la acusación. Dejamos de preguntar obsesivamente cómo defendernos de cada ataque para comenzar a descubrir cómo respondió el Señor cuando Él mismo fue acusado.

La cuestión ya no consiste solamente en identificar las estrategias del enemigo, sino en aprender el lenguaje del Reino. Porque el Reino posee una manera completamente distinta de enfrentar el mal. No responde con el mismo espíritu que lo produjo. No combate la condenación produciendo una condenación mayor. No derrota el odio mediante más odio. La victoria de Cristo siempre manifiesta una naturaleza diferente de aquella que intenta destruir.

Esta verdad aparece de manera extraordinaria en la cruz. Allí convergieron todas las acusaciones levantadas contra el Hijo de Dios. La mentira pareció imponerse sobre la verdad; la injusticia pareció triunfar sobre la inocencia; el odio pareció vencer al amor.

Sin embargo, precisamente en aquel escenario donde el reino de las tinieblas creyó haber alcanzado su mayor victoria, Dios estaba llevando adelante la obra más gloriosa de toda la historia. La cruz no fue simplemente el lugar donde Cristo soportó la acusación; fue el lugar donde la despojó de

su autoridad definitiva sobre todos aquellos que creerían en Él.

Por eso este segundo libro no pretende enseñar únicamente cómo soportar las acusaciones de la vida. Esa sería una meta demasiado pequeña. El propósito es mucho más profundo: descubrir cómo vivir desde una identidad que ya no depende del veredicto de los hombres, sino del veredicto pronunciado por Dios mediante la obra consumada de Su Hijo.

Mientras el creyente continúe intentando demostrar permanentemente su inocencia delante del mundo, jamás experimentará plenamente la libertad del Nuevo Pacto. Solo cuando comprende que su justificación descansa exclusivamente sobre Cristo puede dejar de vivir esclavizado por la necesidad de defender continuamente su propia reputación.

Esta es una de las diferencias más hermosas entre la antigua y la nueva creación. El viejo hombre siempre necesita justificarse a sí mismo. Vive intentando demostrar que merece ser aceptado, que sus obras son suficientes y que las opiniones ajenas no deberían afectarlo.

El nuevo hombre, en cambio, descansa en una justicia que no produjo y que tampoco puede perder porque le fue concedida por gracia. Desde ese lugar comienza una manera completamente nueva de caminar. La obediencia ya no nace

del miedo a la condenación, sino del gozo de saberse amado por el Padre.

Quizá aquí encontremos una de las revelaciones más necesarias para la Iglesia de esta generación. Durante demasiado tiempo muchos creyentes han luchado contra la acusación utilizando las mismas armas que el acusador. Han respondido a las heridas con nuevas heridas, a las críticas con nuevas críticas y a la condenación con otra forma de condenación.

Sin advertirlo, terminaron participando de la misma dinámica que deseaban vencer. Pero el Reino jamás avanza de esa manera. Jesucristo no derrotó las tinieblas adoptando su naturaleza; las venció manifestando la plenitud del amor, de la verdad y de la gracia del Padre.

Eso es precisamente lo que recorreremos en las páginas que siguen. No estudiaremos simplemente principios para defendernos de la acusación; contemplaremos la respuesta de Cristo. Descubriremos que Su silencio fue muchas veces más poderoso que las palabras de Sus enemigos; que Su perdón resultó más transformador que toda condenación; que Su gracia produjo una justicia infinitamente superior a la que la religión intentó construir mediante el temor. Y comprenderemos, finalmente, que el no hemos sido llamados únicamente a admirar esa respuesta, sino a participar de ella, permitiendo que el mismo Espíritu que habitó en Cristo forme también Su carácter en nosotros.

Si el primer tomo nos permitió reconocer las piedras que el acusador continúa levantando contra la Iglesia, este segundo nos invitará a contemplar las manos del Salvador. Son manos atravesadas por los clavos, pero también extendidas para restaurar; manos que nunca empuñaron una piedra contra el pecador arrepentido, sino que cargaron sobre sí mismas el peso de nuestra condenación para abrirnos un camino nuevo y vivo hacia el Padre.

Solo cuando esas manos ocupan nuevamente el centro de nuestra mirada comprendemos que el Evangelio jamás tuvo como propósito enseñarnos cuán poderoso era el acusador. Desde el principio hasta el final, su propósito siempre fue revelar cuán infinitamente glorioso, suficiente y victorioso es Jesucristo.



PARTE I

**LA IDENTIDAD
QUE VENCE
LA ACUSACIÓN**

Capítulo uno

¿POR QUÉ JESUCRISTO NUNCA ACUSÓ?

“Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”

Juan 3:17

Existe una pregunta que pocas veces nos detenemos a formular, quizá porque damos por sentado que conocemos la respuesta. Después de haber contemplado en el tomo anterior la manera persistente en que el espíritu acusador procura destruir la vida de los hombres, dividir a la Iglesia y ocultar el rostro del Padre, surge naturalmente un nuevo interrogante: ¿por qué Jesucristo respondió de una manera tan diferente? ¿Qué hacía que, allí donde otros levantaban piedras, Él extendiera Su mano? ¿Por qué, mientras la religión encontraba razones para condenar, el Hijo de Dios encontraba siempre un camino para restaurar?

La respuesta no debe buscarse, en primer lugar, en las acciones de Jesús, sino en Su identidad.

Con demasiada frecuencia observamos la vida del Señor como si se tratara únicamente del ejemplo perfecto que todo creyente debería imitar. Sin duda, Cristo constituye el modelo supremo de nuestra existencia, pero reducir Su ministerio a un conjunto de conductas ejemplares significaría perder de vista el aspecto más glorioso del Evangelio.

Jesús no vino solamente a enseñarnos cómo vivir; vino a revelar quién es el Padre. Cada palabra pronunciada, cada milagro realizado, cada gesto de misericordia y cada decisión tomada encuentran su explicación última en esta verdad fundamental: ***“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”*** (Juan 14:9).

Esta afirmación cambia completamente nuestra manera de leer los Evangelios. Ya no observamos simplemente a un hombre extraordinariamente bueno; contemplamos la manifestación perfecta del carácter de Dios.

Allí donde Jesús perdona, el Padre está revelando Su corazón. Allí donde restaura, el Padre está revelando Su voluntad. Allí donde se acerca al quebrantado, al pecador, al rechazado y al marginado, no estamos asistiendo a una excepción dentro del gobierno divino, sino a la expresión más fiel de cómo es verdaderamente Dios.

Por esa razón resulta imposible imaginar a Cristo disfrutando de la condenación de un pecador arrepentido. No porque considerara insignificante el pecado, sino porque había venido precisamente para cargar sobre Sí mismo el

juicio que ese pecado merecía. Su misión no consistía en aumentar el peso que ya aplastaba a la humanidad, sino en llevar sobre Sus propios hombros aquello que ningún hombre habría podido soportar.

Juan resume magistralmente esta realidad cuando escribe que ***“la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo”*** (Juan 1:17). El evangelista no está enfrentando la Ley contra la gracia como si una hubiera sido mala y la otra buena. Está mostrando que todo aquello que la Ley anunciaba encontró finalmente su cumplimiento en la persona del Hijo.

La verdad no desapareció con Cristo; alcanzó su expresión perfecta. La santidad de Dios no fue disminuida; fue plenamente satisfecha mediante la obediencia absoluta del Cordero. La justicia no fue ignorada; fue consumada en la cruz para que la misericordia pudiera abrazar al pecador sin comprometer la rectitud del Padre.

Aquí encontramos una de las diferencias esenciales entre la religión y el Reino. La religión suele comenzar preguntando qué merece el hombre. El Evangelio comienza revelando qué decidió hacer Dios. Mientras una calcula méritos y culpas, el otro anuncia una gracia que ningún ser humano habría podido imaginar.

La cruz constituye precisamente el punto donde ambas realidades se encuentran. Allí el pecado es tratado con toda su gravedad y, al mismo tiempo, el amor de Dios se

manifiesta con una profundidad que supera todo entendimiento.

Por eso Jesús nunca necesitó acusar para demostrar la santidad del Padre. Su propia vida revelaba esa santidad con una claridad infinitamente mayor que cualquier condenación pronunciada contra los pecadores. Donde la religión pensaba que la justicia se fortalecía mediante el castigo, Cristo mostró que la verdadera justicia alcanzaba su plenitud cuando el Santo ocupaba voluntariamente el lugar del culpable.

Este principio aparece desde el comienzo mismo de Su ministerio. Cuando Juan el Bautista lo vio acercarse al Jordán, no exclamó: “He aquí el gran Juez que viene a condenar al mundo”. Sus palabras fueron muy diferentes: ***“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”*** (Juan 1:29). Antes de ser presentado como Rey, como Maestro o como Juez, Jesús fue presentado como Cordero.

Toda Su misión quedaba resumida en esa imagen extraordinaria. El Hijo de Dios no venía buscando culpables sobre quienes descargar la ira divina; venía dispuesto a convertirse Él mismo en el sacrificio que abriría definitivamente el camino hacia el Padre.

Comprender esta verdad transforma por completo nuestra manera de entender la vida cristiana. Entonces ya no intentamos parecernos a Cristo únicamente porque admiramos Su conducta. Procuramos parecernos a Él porque

hemos nacido de Su misma vida. El Nuevo Pacto no consiste simplemente en copiar un modelo exterior; consiste en participar de una nueva naturaleza. El Espíritu Santo no trabaja solamente sobre nuestros comportamientos, sino sobre nuestro corazón, formando progresivamente el carácter de Cristo en nosotros.

Por eso la respuesta frente al espíritu acusador jamás podrá reducirse a un esfuerzo por hablar con mayor amabilidad o por controlar mejor nuestras emociones. El problema es mucho más profundo y, precisamente por eso, la respuesta también debe serlo. Solo un corazón transformado por la revelación del Padre puede abandonar verdaderamente las piedras.

Mientras la gracia permanezca siendo únicamente una doctrina que defendemos, seguiremos teniendo la tentación de volver a la condenación cada vez que alguien falle delante de nosotros. Pero cuando esa gracia se convierte en la atmósfera donde vivimos, comenzamos a mirar a los demás con los mismos ojos con los que Dios decidió mirarnos en la persona de Cristo.

Esta es la senda que recorreremos en los capítulos que siguen. No estudiaremos simplemente nuevas enseñanzas acerca del perdón, de la misericordia o de la restauración. Contemplaremos a Jesucristo, porque solo contemplándolo a Él descubriremos que la respuesta definitiva al espíritu acusador nunca consistió en aprender una técnica para defendernos, sino en permitir que el corazón del Padre sea

formado nuevamente en nosotros por la obra del Espíritu Santo.

Y cuando eso ocurre, las piedras no caen de nuestras manos porque alguien nos obligó a soltarlas. Caen porque hemos descubierto algo infinitamente mejor que sostenerlas: hemos conocido el corazón del Padre revelado en la persona de Su Hijo amado.



Capítulo dos

LA GRACIA ROMPE EL CICLO DE LA ACUSACIÓN

*“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos,
perdonándoos unos a otros, como Dios también os
perdonó a vosotros en Cristo.”*

Efesios 4:32

Existe una característica propia de toda forma de violencia que pocas veces advertimos con suficiente claridad: la violencia siempre tiende a reproducirse. Quien ha sido herido siente la tentación de herir; quien ha sido despreciado suele mirar con desprecio; quien ha vivido bajo una condenación permanente corre el riesgo de terminar relacionándose con los demás desde esa misma lógica. Es como si cada herida dejara detrás de sí una semilla dispuesta a multiplicarse en nuevas heridas, formando una cadena que atraviesa generaciones enteras sin que nadie parezca capaz de detenerla.

La acusación participa plenamente de ese mismo mecanismo. Rara vez permanece encerrada en quien la inició. Viaja de una persona a otra, encuentra nuevos labios desde

los cuales pronunciarse y termina construyendo ambientes donde la sospecha parece más natural que la confianza, donde la crítica resulta más habitual que la bendición y donde la condenación ocupa lentamente el lugar que únicamente pertenece a la gracia. Basta observar la historia humana para descubrir que el hombre caído ha desarrollado una extraordinaria capacidad para transmitir aquello mismo que un día lo hizo sufrir.

Por esa razón la respuesta de Jesucristo no puede entenderse simplemente como un admirable ejemplo de paciencia. Si reduyéramos el Evangelio a una conducta moral extraordinaria, terminaríamos admirando a Cristo sin comprender verdaderamente lo que vino a realizar.

El Hijo de Dios no descendió del cielo únicamente para enseñarnos una manera más noble de reaccionar frente a las ofensas; vino para introducir en la historia una realidad completamente nueva. Allí donde la humanidad únicamente sabía responder reproduciendo el mal recibido, Él inauguró un camino donde el amor era capaz de interrumpir definitivamente esa cadena.

Esto explica por qué la cruz constituye mucho más que el lugar donde nuestros pecados fueron perdonados. Allí fue quebrada una forma de vivir que parecía inevitable desde la caída del hombre. El pecado siempre produce separación; la acusación profundiza esa separación; la condenación termina consolidándola.

Cristo, en cambio, toma sobre Sí mismo todo aquello que nos alejaba del Padre para abrir nuevamente el camino hacia la reconciliación. Lo que parecía un ciclo interminable encuentra finalmente un punto de ruptura en la obediencia perfecta del Hijo.

El apóstol Pablo comprendió esta verdad con una profundidad extraordinaria. Cuando exhorta a la Iglesia a perdonarse mutuamente, no apela primero al esfuerzo humano ni a la buena voluntad de los creyentes. Tampoco dice que debemos perdonar porque resulta psicológicamente saludable o porque favorece la convivencia.

El fundamento es infinitamente más profundo: ***“...como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”***. Es decir, el perdón que ofrecemos nunca constituye el origen de la gracia; siempre es su consecuencia. No comenzamos amando para que Dios nos ame; amamos porque hemos sido alcanzados por un amor que nos precedió.

Aquí aparece uno de los principios más transformadores del Nuevo Pacto. La vida cristiana nunca se edifica sobre obligaciones aisladas de la obra de Cristo. Cada llamado a la obediencia nace primero de una realidad espiritual ya consumada. El Padre no nos dice: “Perdonen para llegar a ser mis hijos”. Nos recuerda que ya somos hijos y, precisamente por eso, ahora podemos vivir conforme a la naturaleza de la familia a la cual pertenecemos.

Esta perspectiva cambia radicalmente nuestra comprensión del perdón. Muchas personas lo consideran una decisión heroica que algunas almas especialmente maduras logran alcanzar después de grandes esfuerzos. Sin embargo, el Evangelio lo presenta como el fruto natural de una vida que permanece contemplando la gracia recibida.

Cuanto más profundamente comprendemos cuánto hemos sido perdonados, menos espacio queda en nuestro corazón para alimentar la condenación hacia otros. No porque ignoremos el daño sufrido ni porque minimicemos la gravedad del pecado, sino porque comenzamos a mirar la historia desde la misma cruz donde Cristo decidió encontrarnos.

La parábola del siervo despiadado narrada por Jesús ilustra esta realidad con extraordinaria claridad. Aquel hombre había sido liberado de una deuda imposible de pagar y, sin embargo, salió inmediatamente a exigir con dureza una deuda insignificante comparada con la que acababa de ser cancelada.

El problema no consistía únicamente en su falta de compasión. En realidad, nunca había comprendido la magnitud de la misericordia que él mismo había recibido. Su memoria conservaba el recuerdo del beneficio, pero su corazón todavía no había sido transformado por la gracia.

Tal vez aquí encontremos una de las razones por las cuales algunos creyentes continúan viviendo desde la

acusación aun después de haber abrazado doctrinalmente el Evangelio. Han aceptado intelectualmente que Dios perdona, pero todavía no han permitido que ese perdón renueve profundamente su manera de mirar a las personas. La gracia ha llegado hasta su pensamiento, pero todavía continúa descendiendo hacia las regiones más profundas del corazón.

Esto explica por qué Pablo nunca separa la verdad del amor. Para él, la revelación de Cristo produce inevitablemente una nueva manera de relacionarnos. En la medida en que el Espíritu Santo forma la imagen del Hijo en nosotros, también comienza a desaparecer la necesidad permanente de emitir veredictos sobre los demás. Descubrimos que ya no necesitamos ocupar el lugar del juez porque conocemos al único Juez que, siendo absolutamente justo, decidió justificarnos por medio de Su gracia.

Nada de esto significa que el Reino ignore el pecado o que la Iglesia deba renunciar al discernimiento espiritual. La gracia jamás convierte la verdad en algo secundario. Lo que hace es colocar la verdad dentro del corazón del Padre.

Por esa razón Jesús podía confrontar con firmeza la hipocresía religiosa y, al mismo tiempo, recibir con ternura a los pecadores arrepentidos. No existía contradicción entre ambas actitudes porque ambas nacían del mismo amor santo que buscaba restaurar todo aquello que el pecado había destruido.

Cuando comprendemos esta realidad comenzamos también a entender que la verdadera victoria sobre el espíritu acusador no consiste simplemente en aprender a soportar mejor las críticas o en desarrollar mayor fortaleza emocional.

La victoria aparece cuando la gracia modifica tan profundamente nuestro corazón que dejamos de perpetuar el mismo ciclo del cual Cristo nos rescató. Allí descubrimos que el Evangelio no solo cambia nuestro destino eterno; transforma también la manera en que hablamos, corregimos, restauramos, perdonamos y caminamos junto a nuestros hermanos.

Quizá por eso el apóstol Pablo resume toda esta enseñanza con una expresión que parece sencilla, pero que contiene una profundidad inagotable: ***“sed imitadores de Dios, como hijos amados”*** (Efesios 5:1). No dice que imitemos a un juez severo ni a un legislador distante.

Nos invita a reflejar el corazón del Padre que conocimos en Jesucristo. Ese es el camino por el cual la cadena de la acusación termina rompiéndose definitivamente. No porque el hombre haya aprendido una técnica superior de convivencia, sino porque la vida misma del Hijo comienza a manifestarse en quienes hemos sido unidos a Él por el Espíritu Santo.

Y allí donde la vida de Cristo encuentra libertad para expresarse, la acusación pierde progresivamente el terreno que durante tanto tiempo creyó haber conquistado. La gracia

no solo perdona el pasado; inaugura una manera completamente nueva de vivir el presente, anticipando ya en esta tierra la cultura del Reino que un día será plenamente manifestada en toda la creación.



Capítulo tres

LA JUSTIFICACIÓN: EL FIN DE TODA ACUSACIÓN

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.”

Romanos 8:33 y 34

Existe una pregunta que atraviesa silenciosamente toda la historia de la redención y que encuentra su respuesta definitiva únicamente en el Evangelio. Es la pregunta que angustió la conciencia de millones de personas a lo largo de los siglos, la misma que impulsó innumerables sacrificios, esfuerzos religiosos y búsquedas espirituales: ¿cómo puede un Dios absolutamente santo recibir a un hombre absolutamente pecador sin dejar de ser justo?

Mientras esa pregunta permanezca sin respuesta, la acusación siempre encontrará un terreno donde apoyarse. Si el pecado continúa siendo una deuda pendiente delante de Dios, entonces el acusador todavía tendrá argumentos para

sembrar culpa, temor y condenación. Pero si esa deuda ha sido completamente cancelada por la obra de Cristo, toda la estructura sobre la cual descansaba la acusación comienza a derrumbarse.

Por eso resulta imposible comprender la victoria sobre el espíritu acusador sin comprender antes la doctrina de la justificación. No estamos delante de una discusión teológica reservada para especialistas. Nos encontramos frente a una de las verdades más prácticas del Nuevo Pacto. La paz del creyente, su seguridad, su libertad para acercarse al Padre y aun su capacidad para vivir sin condenar a los demás dependen, en gran medida, de cuánto haya comprendido esta realidad espiritual.

La palabra justificar pertenece al lenguaje de los tribunales. Describe el acto mediante el cual un juez declara que una persona posee una posición justa delante de la ley. Sin embargo, cuando Pablo utiliza este término para explicar la obra de Cristo, lo hace llevándolo mucho más allá de cualquier comparación humana.

Dios no declara justo al pecador porque haya decidido ignorar su pecado ni porque la gravedad de su culpa haya disminuido con el paso del tiempo. Lo declara justo porque otro ocupó voluntariamente su lugar y satisfizo plenamente todas las demandas de la justicia divina.

Aquí aparece una diferencia fundamental entre el Evangelio y toda religión construida sobre el mérito humano.

La religión siempre intenta que el hombre alcance un determinado nivel de justicia para ser aceptado por Dios. El Evangelio anuncia que Dios concede gratuitamente la justicia de Cristo a quienes creen en Él. En un caso el hombre trabaja para llegar a Dios; en el otro, Dios desciende hasta el hombre para levantarlo por pura gracia.

Pablo desarrolla esta verdad con una claridad extraordinaria cuando escribe que ***“al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”*** (2 Corintios 5:21). Difícilmente pueda encontrarse una afirmación más profunda en todo el Nuevo Testamento.

En la cruz tuvo lugar un intercambio que ninguna mente humana habría podido imaginar. El Santo tomó nuestro lugar para que nosotros pudiéramos ocupar el Suyo delante del Padre. Él cargó con aquello que nos pertenecía para concedernos aquello que únicamente le pertenecía a Él.

Comprender esto cambia radicalmente la manera en que enfrentamos la acusación. Mientras el creyente piense que su aceptación delante de Dios depende principalmente de su desempeño, cada fracaso reabrirá inevitablemente la puerta a la condenación. Vivirá oscilando entre momentos de aparente seguridad cuando crea haber obedecido correctamente y momentos de profunda culpa cuando vuelva a tropezar. Su paz dependerá de su rendimiento espiritual y no de la fidelidad de Cristo.

El Nuevo Pacto propone exactamente lo contrario. Nuestra confianza descansa sobre una obra perfecta que ya fue consumada. Esto no disminuye la importancia de la santidad; al contrario, la coloca sobre un fundamento completamente nuevo. Ya no buscamos obedecer para ser aceptados; obedecemos porque hemos sido aceptados. Ya no intentamos ganar el amor del Padre mediante nuestras obras; nuestras obras comienzan a reflejar el amor que el Padre ya derramó sobre nosotros en Su Hijo.

Esta diferencia puede parecer sutil, pero transforma toda la experiencia cristiana. El creyente deja de vivir como un empleado que teme perder su puesto para comenzar a vivir como un hijo que descansa en el amor de su Padre. La obediencia deja de ser impulsada principalmente por el miedo al castigo y comienza a nacer del gozo de la comunión.

Precisamente por eso Pablo formula aquellas preguntas extraordinarias en **Romanos 8:33**. No está invitando a una discusión hipotética; está celebrando una realidad irrevocable. “*¿Quién acusará a los escogidos de Dios?*” La pregunta no pretende sugerir que nadie intentará acusarlos.

El primer tomo de esta obra mostró ampliamente que las acusaciones seguirán existiendo mientras caminemos en este mundo. Lo que Pablo afirma es algo mucho más glorioso: ninguna acusación posee ya autoridad para revertir el veredicto pronunciado por Dios.

Observemos cuidadosamente el argumento del apóstol. Él no responde diciendo: “Nadie podrá acusarnos porque ahora somos perfectos”. Tampoco afirma: “Nadie podrá condenarnos porque nunca volveremos a fallar”. Su respuesta se apoya exclusivamente sobre la obra de Cristo. ***“Dios es el que justifica”***. Es decir, el veredicto decisivo ya fue pronunciado por el único Juez cuya sentencia jamás puede ser apelada.

Esta verdad no produce una vida descuidada; produce una vida profundamente agradecida. Quien comprende el precio de su justificación no desarrolla una actitud liviana frente al pecado. Al contrario, descubre cuánto costó su redención y comienza a amar con mayor intensidad a Aquel que lo rescató. La gracia auténtica nunca estimula la indiferencia moral; despierta una obediencia nacida del amor.

Al mismo tiempo, esta comprensión modifica también nuestra manera de mirar a los demás. Resulta muy difícil vivir acusando permanentemente a un hermano cuando recordamos que ambos nos encontramos delante del Padre únicamente por la justicia de Cristo.

La justificación destruye todo orgullo espiritual porque recuerda continuamente que ninguno de nosotros puede reclamar méritos propios. Todos vivimos de la misma gracia, respiramos la misma misericordia y permanecemos de pie únicamente porque el Hijo decidió ocupar nuestro lugar.

Quizá aquí encontremos una de las razones por las cuales Pablo podía exhortar con tanta firmeza a la unidad de la Iglesia. Él sabía que una comunidad formada por personas conscientes de haber sido justificadas por gracia tendría muchas menos razones para levantar piedras unas contra otras. La cruz nivela el terreno sobre el cual caminamos. Nadie puede colocarse por encima de otro cuando todos fuimos alcanzados por la misma sangre.

Esto no significa que desaparezca el discernimiento ni que la Iglesia deje de llamar al arrepentimiento cuando resulta necesario. Significa algo mucho más profundo: toda corrección deberá recordar siempre que el propósito final de Dios no es destruir al pecador, sino restaurarlo conforme a la justicia que Cristo ya conquistó para él.

Por eso la doctrina de la justificación no constituye únicamente una verdad para ser defendida desde un púlpito o desde un aula de teología. Es una realidad destinada a transformar la atmósfera de nuestras congregaciones, nuestras familias y nuestras relaciones.

Allí donde hombres y mujeres viven conscientes del veredicto pronunciado por Dios en la cruz, la acusación comienza a perder el espacio que durante tanto tiempo ocupó. La gracia no elimina la verdad; la lleva hasta su máxima expresión. Y la verdad del Evangelio proclama que el último veredicto sobre la vida de quienes están en Cristo no pertenece al acusador, sino al Padre que decidió justificarlos por medio de Su Hijo.

Cuando esa certeza desciende del entendimiento al corazón, la conciencia deja de vivir esclavizada por la necesidad permanente de demostrar su inocencia. Descansa, finalmente, en la justicia perfecta de Aquel que no solo murió por nosotros, sino que resucitó, reina a la diestra del Padre e intercede continuamente por todos los que le pertenecen.



Capítulo cuatro

HIJOS, NO ACUSADOS

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15

Si hubiera que señalar una de las diferencias más profundas entre el antiguo modo de vivir del hombre caído y la nueva vida inaugurada por Jesucristo, probablemente tendríamos que dirigir nuestra mirada hacia la manera en que cada uno se relaciona con Dios. Allí se encuentra una transformación tan radical que resulta imposible comprender plenamente el Nuevo Pacto sin detenernos a contemplarla.

Desde el comienzo de la historia bíblica observamos que el pecado produjo mucho más que una ruptura moral. Produjo una ruptura relacional. El hombre dejó de caminar libremente junto a Dios y comenzó a esconderse de Su presencia. Aquel que antes encontraba gozo en la comunión con su Creador pasó a experimentar temor delante de Él. La

voz que había sido motivo de alegría se convirtió, de pronto, en una amenaza para una conciencia ahora dominada por la culpa.

No deja de ser significativo que la primera reacción de Adán después de pecar no fuera buscar al Padre, sino ocultarse de Él. La acusación ya había comenzado a realizar su obra. Antes de que nadie pronunciara una palabra de condenación, la conciencia del hombre había comenzado a levantar un tribunal dentro de sí misma. El temor nació allí, mucho antes de que aparecieran todas las demás consecuencias de la caída.

Desde entonces, la historia de la humanidad ha estado marcada por ese intento permanente de regresar a Dios sin saber verdaderamente cómo hacerlo. Las religiones han ofrecido sacrificios, penitencias, disciplinas y toda clase de esfuerzos mediante los cuales el hombre procura recuperar aquello que perdió en el Edén.

Sin embargo, existe una diferencia fundamental entre todos esos intentos y el Evangelio de Jesucristo. La religión busca que el hombre llegue nuevamente hasta Dios; el Evangelio anuncia que Dios vino personalmente a buscar al hombre.

Esta verdad alcanza su expresión más gloriosa cuando el Nuevo Testamento comienza a hablar de la adopción. Resulta sorprendente que Pablo no se conforme con explicar

que nuestros pecados fueron perdonados o que ahora hemos sido declarados justos delante del Padre.

Todo eso es absolutamente cierto, pero el propósito de Dios va todavía más lejos. Él no solamente deseó resolver nuestro problema con la culpa; quiso restaurar definitivamente la relación que el pecado había destruido. Por eso no nos recibe simplemente como personas absueltas de una condena. Nos recibe como hijos.

Esta diferencia transforma completamente la vida cristiana. Un hombre puede ser declarado inocente por un juez y, sin embargo, continuar siendo un extraño para él. Puede abandonar el tribunal con la alegría de haber recuperado su libertad, pero jamás llegará a sentarse a la mesa del magistrado que pronunció la sentencia.

El Evangelio hace algo infinitamente mayor, porque el mismo Dios que justifica es el Dios que nos recibe como hijos. El mismo Padre que declara justo al pecador nos introduce luego en Su propia familia. No solamente cancela la deuda, sino que abre la puerta de Su casa. Y, más aún, abre Su corazón.

Por eso Juan utiliza una expresión tan extraordinaria cuando afirma que hemos recibido la potestad de ser llamados hijos de Dios. Observemos cuidadosamente que no habla simplemente de un cambio legal, sino de una nueva realidad espiritual producida por la presencia misma del Espíritu Santo. Él no vino únicamente para convencernos de

determinadas verdades doctrinales; vino para introducirnos experimentalmente en la relación filial que el Hijo eterno disfruta con el Padre.

Aquí aparece una de las respuestas más profundas frente al espíritu acusador. La acusación siempre intenta devolvernos al lugar de los esclavos. El Espíritu Santo siempre nos recuerda que somos hijos.

El esclavo vive intentando no equivocarse, pero el hijo aprende a caminar confiando en el amor del Padre. El esclavo obedece principalmente por temor, pero el hijo descubre que la obediencia constituye una respuesta natural al amor recibido. El esclavo nunca sabe con certeza cuál será su destino, pero los hijos descansamos en una herencia que ya nos pertenece en Cristo.

Por esa razón Pablo afirma que no hemos recibido nuevamente un espíritu de esclavitud para vivir otra vez bajo el temor. El apóstol sabe perfectamente que el miedo constituye uno de los instrumentos preferidos de la acusación.

Allí donde el creyente pierde la conciencia de su filiación, inevitablemente comienza a relacionarse con Dios desde la inseguridad. Su oración deja de parecerse a la conversación confiada de un hijo y comienza a transformarse en el discurso temeroso de quien intenta convencer al juez de que merece una nueva oportunidad. Sin embargo, Jesucristo

jamás enseñó a Sus discípulos a acercarse de esa manera al Padre.

Cuando ellos le pidieron que les enseñara a orar, la primera palabra que puso en sus labios fue sencillamente: “Padre nuestro...” No fue señor Juez”, no fue “Soberano rey”, no fue “Legislador del universo”. Aunque Dios es todo eso, Jesús quiso que la puerta de entrada a la oración estuviera marcada por la confianza filial.

Esto no disminuye la reverencia, sino que la profundiza. Porque el verdadero asombro del Evangelio no consiste únicamente en que Dios sea infinitamente santo, sino en que ese Dios infinitamente santo nos haya dado el privilegio de llamarlo Padre.

Esta revelación explica también por qué el acusador procura con tanto empeño deformar nuestra imagen de Dios. Si consigue convencernos de que el Padre permanece continuamente disgustado con nosotros, toda la vida cristiana terminará edificándose sobre el temor.

El creyente obedecerá, pero sin gozo. Servirá, pero sin descanso. Orará, pero sin confianza. Su relación con Dios estará marcada por la incertidumbre permanente de quien nunca sabe si realmente ha sido aceptado.

El Evangelio destruye completamente esa manera de pensar. No porque disminuya la santidad divina, sino porque revela la suficiencia absoluta de la obra de Cristo.

El Hijo eterno abrió un camino que ningún esfuerzo humano habría podido construir. Gracias a Él, quienes antes permanecíamos lejos hemos sido acercados, y quienes éramos enemigos hemos llegado a formar parte de la familia de Dios.

Quizá por eso Juan no logra ocultar su asombro cuando escribe: ***“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1)***. El apóstol no presenta la filiación como una doctrina fría que deba memorizarse, sino como un motivo permanente de adoración. Su corazón continúa maravillándose ante una gracia que supera toda lógica humana. Y esa capacidad de asombro constituye uno de los mayores antídotos contra el espíritu acusador.

Mientras la acusación concentra continuamente nuestra atención sobre aquello que todavía nos falta, la adopción nos invita a contemplar aquello que el Padre ya nos concedió en Su Hijo.

La acusación pregunta una y otra vez si realmente somos dignos. El Evangelio responde recordándonos que nunca lo fuimos y que, precisamente por eso, todo cuanto hemos recibido descansa exclusivamente sobre la gracia.

Entonces la vida cristiana deja de convertirse en un agotador intento por ganar el favor de Dios y comienza a ser la gozosa experiencia de aprender a vivir como hijos que ya fueron recibidos en casa.

Solo un hijo puede extender verdadera gracia. Solo un hijo puede abandonar definitivamente las piedras. Solo un hijo puede mirar al pecador sin olvidar que él mismo fue encontrado por la misericordia. Y solamente un hijo comprende que la voz más importante de toda su existencia no será jamás la del acusador, ni siquiera la de su propia conciencia, sino la del Padre que continúa pronunciando sobre todos los que están en Cristo el mismo veredicto de amor que un día abrió para ellos las puertas de Su Reino.



PARTE II

DEJANDO LAS PIEDRAS

Capítulo cinco

EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN

“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación.”

2 Corintios 5:18

Uno de los aspectos más extraordinarios del Evangelio consiste en que Dios nunca se conformó con resolver únicamente el problema del pecado. Si ese hubiera sido Su único propósito, habría bastado con cancelar nuestra deuda y absolvernos de la condenación que pesaba sobre nosotros. Sin embargo, el corazón del Padre siempre apuntó mucho más lejos. Su deseo eterno no era simplemente declarar inocentes a quienes eran culpables, sino restaurar la comunión que el pecado había destruido desde el principio.

Esta verdad nos obliga a contemplar nuevamente el relato del Edén. Cuando Adán y Eva pecaron, la consecuencia inmediata no fue solamente la culpa, sino el distanciamiento. El hombre comenzó a esconderse de Dios y,

casi simultáneamente, comenzó también a esconderse del otro.

La comunión fue reemplazada por la sospecha; la transparencia dejó lugar a la justificación personal; el amor comenzó a deteriorarse bajo el peso del egoísmo. El pecado nunca destruye una sola relación. Termina afectando todas las relaciones.

Por eso la obra de Cristo debía alcanzar una profundidad mucho mayor que la simple remoción de la culpa. El Hijo vino a reconciliar aquello que había sido separado. Vino a restaurar el vínculo entre el hombre y Dios y, como consecuencia de ello, a inaugurar una nueva forma de relacionarnos entre nosotros. Allí donde el pecado había levantado muros, la gracia comenzó a abrir caminos. Allí donde la acusación había sembrado distancia, el Reino comenzó a producir comunión.

Pablo utiliza deliberadamente el lenguaje de la reconciliación porque sabe que la salvación no puede comprenderse únicamente en términos jurídicos. La justificación responde a una necesidad absolutamente real, pero no agota toda la riqueza del Evangelio.

El Padre no deseaba simplemente resolver un expediente en el tribunal celestial; deseaba recuperar a Sus hijos para sentarlos nuevamente a Su mesa. La cruz no fue solamente un acto de justicia; fue también el abrazo mediante

el cual Dios salió al encuentro de una humanidad que había huido de Su presencia.

Esta perspectiva cambia profundamente la manera en que entendemos la vida cristiana. Muchas veces hablamos de la salvación como si consistiera únicamente en evitar la condenación eterna. Sin embargo, el Nuevo Testamento insiste una y otra vez en que la vida eterna comienza ahora, precisamente porque comienza la comunión con el Padre.

Jesús mismo definió la vida eterna diciendo: ***“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”*** (Juan 17:3). No habló simplemente de un destino futuro; habló de una relación restaurada.

Aquí aparece una diferencia decisiva entre la reconciliación y la simple ausencia de conflicto. Dos personas pueden dejar de pelear y, sin embargo, permanecer profundamente distantes. La reconciliación bíblica va mucho más allá. Implica el restablecimiento de la confianza, la restauración del vínculo y el regreso a una comunión que parecía perdida. Esa fue precisamente la obra que Cristo vino a realizar.

Por esa razón resulta tan significativo que Pablo afirme que “todo esto proviene de Dios”. La iniciativa nunca nació en el hombre. No fue la humanidad la que decidió regresar al Padre; fue el Padre quien salió a buscar a la humanidad.

Desde el primer instante después de la caída observamos ese movimiento extraordinario.

Mientras Adán se escondía, Dios preguntaba: “¿Dónde estás?”. Aquella pregunta no revelaba ignorancia por parte del Señor; revelaba Su corazón. Aun cuando el pecado había levantado una barrera infranqueable para el hombre, Dios ya estaba dando el primer paso hacia la reconciliación.

Esta verdad posee enormes implicancias para nuestra manera de relacionarnos con los demás. Si hemos sido reconciliados con Dios cuando todavía éramos enemigos, ¿cómo podríamos convertirnos ahora en promotores permanentes de división dentro de Su familia? El Evangelio no solamente nos reconcilia con el Padre; nos convierte también en ministros de esa misma reconciliación. Es decir, Dios no solo cambia nuestra relación con Él; transforma nuestra misión en el mundo.

Observemos cuidadosamente la expresión utilizada por Pablo. No dice que hemos recibido un ministerio de acusación, ni un ministerio de condenación, ni siquiera un ministerio cuyo propósito principal sea demostrar continuamente quién tiene razón.

Hemos recibido el ministerio de la reconciliación. Esto no significa que la Iglesia deba sacrificar la verdad para preservar una paz superficial. Significa que toda proclamación de la verdad debe perseguir el mismo objetivo

que movía el corazón del Padre: restaurar aquello que el pecado había quebrado.

Este principio ilumina de manera extraordinaria todo el ministerio de Jesús. Cuando contemplamos Su trato con las personas descubrimos que nunca utilizó la verdad para levantar barreras innecesarias. Al contrario, cada confrontación, cada llamado al arrepentimiento y cada palabra de corrección tenían como finalidad abrir nuevamente el camino hacia la comunión con Dios. La verdad nunca fue un arma para excluir; fue el instrumento mediante el cual el amor divino restauraba la vida de quienes estaban dispuestos a recibirla.

Cuánto cambiarían nuestras iglesias si esta verdad descendiera verdaderamente hasta el corazón. Muchas discusiones dejarían de tener sentido, muchas heridas encontrarían finalmente un camino de sanidad y muchas relaciones rotas comenzarían a experimentar una restauración que hoy parece imposible. No porque todos pensaríamos exactamente igual, sino porque aprenderíamos a valorar la comunión del Cuerpo por encima de la necesidad permanente de demostrar nuestra superioridad.

Esto no significa ignorar el pecado ni minimizar las consecuencias del mal. La reconciliación jamás niega la verdad. La presupone. Solo aquello que es llevado a la luz puede ser verdaderamente restaurado. Pero existe una diferencia inmensa entre llevar una situación a la luz para sanar y exponerla para destruir. Cristo siempre actuó de la

primera manera, porque Su objetivo nunca fue humillar al pecador, sino conducirlo hacia una vida nueva.

En este punto comprendemos por qué el espíritu acusador teme tanto la reconciliación. Allí donde los hermanos vuelven a caminar juntos, pierde uno de sus instrumentos preferidos. Allí donde el perdón reemplaza al resentimiento, sus argumentos comienzan a debilitarse. Allí donde la gracia restaura lo que parecía definitivamente roto, el Reino se hace visible con una fuerza que ninguna estrategia de las tinieblas puede imitar.

Quizá esta sea una de las mayores responsabilidades que la Iglesia tiene delante del mundo. Vivimos en una sociedad profundamente fragmentada, donde las diferencias suelen terminar en enfrentamientos, donde la cancelación ha reemplazado al diálogo y donde el orgullo muchas veces pesa más que la verdad.

En medio de esa realidad, el Señor levanta un pueblo llamado a manifestar otra cultura, una cultura donde la reconciliación no constituye un signo de debilidad, sino una expresión de la victoria alcanzada por Cristo en la cruz.

Solo quien ha experimentado profundamente la reconciliación con el Padre puede convertirse verdaderamente en un ministro de reconciliación para otros. Porque no transmite una teoría aprendida en los libros, sino la vida que él mismo recibió cuando Dios salió a buscarlo, lo

abrazó en Su Hijo y lo hizo participar de una comunión que jamás habría podido conquistar por sus propios méritos.

Y allí, precisamente, comienza a manifestarse el carácter del Reino. Un pueblo reconciliado con Dios aprende también a vivir reconciliando. No porque ignore las heridas de la historia, sino porque ha conocido un amor capaz de hacer nuevas todas las cosas.



Capítulo seis

UNA NUEVA CREACIÓN SIN ACUSACIONES

*“De modo que si alguno está en Cristo, nueva creación es;
las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas
nuevas.”*

2 Corintios 5:17

Pocas expresiones del Nuevo Testamento poseen una fuerza transformadora comparable a la que el apóstol Pablo utiliza al hablar de la nueva creación. Con demasiada frecuencia hemos leído este pasaje como una hermosa promesa de cambio moral, cuando en realidad contiene una de las declaraciones más revolucionarias de toda la revelación cristiana.

Pablo no está anunciando simplemente que el hombre puede mejorar su conducta, abandonar determinados hábitos o desarrollar una vida más ordenada. Está proclamando que, en Cristo, Dios ha iniciado una creación completamente nueva.

Esta verdad resulta indispensable para comprender el alcance del Nuevo Pacto. Desde la caída de Adán, la historia de la humanidad había transcurrido bajo una misma naturaleza. Cambiaban las culturas, los imperios, las lenguas y las formas de organización social, pero el problema permanecía intacto.

El pecado no constituía únicamente una suma de malas acciones; era una condición interior que afectaba toda la existencia humana. Por esa razón la Ley, aunque santa, justa y buena, jamás pudo producir la vida que el hombre necesitaba. Podía señalar el camino correcto, pero no impartir la naturaleza necesaria para recorrerlo.

El Evangelio responde precisamente allí donde todos los esfuerzos anteriores habían encontrado su límite. Dios no decide perfeccionar la vieja creación. Decide comenzar una nueva. La resurrección de Jesucristo inaugura una humanidad distinta, cuyo principio de vida ya no nace de Adán, sino del Hijo eterno. Todo aquel que es unido a Cristo mediante la fe participa de esa nueva realidad. No recibe únicamente un nuevo destino; recibe una nueva vida.

Esta perspectiva cambia radicalmente la manera en que el creyente se comprende a sí mismo. Mientras la acusación insiste permanentemente en recordar quiénes éramos antes de conocer a Cristo, el Espíritu Santo dirige nuestra mirada hacia aquello que ahora somos en Él. No porque el pasado haya dejado de existir históricamente, sino porque ha perdido la autoridad para definir nuestra identidad presente.

Resulta significativo observar que Pablo no escribe: “Si alguno está en Cristo, debería intentar convertirse en una nueva creación”. Tampoco afirma que esa transformación dependerá del esfuerzo acumulado durante muchos años de vida cristiana. Habla en tiempo presente.

La nueva creación constituye una realidad inaugurada por Dios mismo. El crecimiento espiritual consistirá, precisamente, en aprender a vivir conforme a esa nueva naturaleza y no conforme a la antigua manera de existir.

Aquí encontramos una de las mayores diferencias entre la religión y el Evangelio del Reino. La religión dedica gran parte de sus esfuerzos a corregir exteriormente al viejo hombre. Procura disciplinarlo, controlarlo y educarlo con la esperanza de hacerlo aceptable delante de Dios. El Nuevo Pacto anuncia algo completamente diferente. El viejo hombre fue crucificado con Cristo para que el cuerpo del pecado perdiera su dominio y surgiera una nueva humanidad cuya fuente de vida es el propio Espíritu de Dios.

Esta verdad explica por qué Pablo insiste una y otra vez en que el creyente debe considerarse muerto al pecado y vivo para Dios. No está invitándonos a negar la realidad de nuestras luchas, sino a reconocer que la fuente de nuestra identidad ya no se encuentra en la antigua creación.

El pecado continúa intentando influir sobre nosotros, pero ha dejado de ser el señor de nuestra existencia. La acusación procura convencernos de que seguimos

perteneciendo al pasado; el Evangelio proclama que nuestra ciudadanía ahora pertenece al Reino del Hijo amado.

Quizá uno de los errores más frecuentes dentro de la vida cristiana consiste en intentar vencer la acusación discutiendo continuamente con ella. Muchos creyentes pasan años respondiendo una por una las voces que les recuerdan sus antiguos fracasos, como si el problema pudiera resolverse mediante mejores argumentos.

Pablo propone un camino completamente distinto. No invita al creyente a permanecer dialogando con el pasado, sino a establecerse firmemente en la nueva realidad inaugurada por Cristo. La victoria no nace de una discusión interminable con la antigua identidad; nace de permanecer en la verdad de la nueva creación.

Esta diferencia puede apreciarse claramente en la vida del propio apóstol. Nadie podía recordar mejor que él su pasado como perseguidor de la Iglesia. Sin embargo, jamás permitió que esa historia determinara el sentido de su llamado. No negó lo que había sido. Lo reconoció con humildad siempre que resultó necesario. Pero tampoco permitió que aquella etapa definiera la obra que Dios estaba realizando en el presente. Su identidad dejó de construirse alrededor del hombre que había sido para descansar plenamente en el Cristo que ahora vivía en él.

Por esa razón pudo escribir a los creyentes de Galacia:
“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo,

mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Esta afirmación constituye mucho más que una hermosa expresión devocional. Describe el corazón mismo del Nuevo Pacto. La vida cristiana no consiste principalmente en que nosotros intentemos imitar a Cristo con nuestras propias fuerzas, sino en que la vida del Hijo encuentre libertad para manifestarse en nosotros mediante la obra del Espíritu Santo.

Cuando esta verdad desciende hasta el corazón, también cambia nuestra manera de relacionarnos con los demás. Dejamos de mirar a las personas exclusivamente desde aquello que fueron para comenzar a contemplar aquello que la gracia puede llegar a producir en ellas.

Si Dios decidió iniciar una nueva creación, ¿quiénes somos nosotros para encerrar permanentemente a un hermano dentro de la memoria de sus antiguos fracasos? La acusación siempre habla el lenguaje del pasado; la nueva creación vive orientada hacia el futuro que Dios ha inaugurado en Cristo.

Esto no significa ignorar los procesos de crecimiento ni minimizar la importancia de la santificación. La nueva creación no elimina el camino del discipulado; le da un fundamento completamente diferente. Ya no caminamos para convertirnos en hijos de Dios, sino porque ya hemos nacido de Él.

Ya no luchamos para obtener una nueva naturaleza; aprendemos a vivir conforme a la naturaleza que nos fue

concedida por gracia. Toda la ética del Nuevo Testamento descansa sobre esta realidad. Pablo nunca comienza diciendo cómo debemos vivir; primero recuerda quiénes somos en Cristo y luego exhorta a caminar de manera digna de esa identidad.

Aquí comprendemos también por qué la acusación resulta tan incompatible con el Reino. Cada vez que reducimos a una persona a su peor momento, estamos ignorando la obra creadora que Dios comenzó en ella. Cada vez que tratamos a un hermano únicamente desde el recuerdo de sus antiguas caídas, actuamos como si la cruz no hubiera inaugurado realmente una nueva creación. Sin advertirlo, terminamos otorgando más autoridad al pasado que al poder transformador del Evangelio.

La mirada del Padre es completamente distinta. Él conoce perfectamente la historia de cada uno de Sus hijos, pero decidió contemplarlos en Cristo. No porque ignore las luchas que todavía atraviesan, sino porque sabe perfectamente cuál será el resultado final de la obra que Él mismo comenzó. El mismo Dios que justificó, adoptó y reconcilió es quien continúa formando progresivamente la imagen de Su Hijo en todos aquellos que pertenecen a Su Reino.

Por eso la nueva creación vive desde una esperanza que la acusación jamás podrá comprender. Su confianza no descansa en la fortaleza de sus propias resoluciones, sino en la fidelidad del Dios que hace nuevas todas las cosas. Allí

donde el acusador insiste en mirar las ruinas del pasado, el Espíritu Santo continúa señalando la obra nueva que ya ha comenzado y que un día alcanzará su plenitud cuando Cristo sea plenamente manifestado en nosotros.

Solo quien aprende a vivir desde esa realidad puede abandonar definitivamente el papel de acusado para abrazar con gozo la identidad de una nueva creación. Porque el Nuevo Pacto no vino simplemente a cambiar nuestro comportamiento; vino a introducirnos en una vida completamente nueva cuya fuente, cuyo modelo y cuyo destino siempre será Jesucristo.



Capítulo siete

PENSAR CON LA MENTE DE CRISTO

“Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.”

1 Corintios 2:16

Toda transformación verdadera comienza mucho antes de hacerse visible en la conducta. Antes de cambiar nuestra manera de hablar, de servir o de relacionarnos con los demás, Dios comienza renovando el lugar desde donde interpretamos la realidad.

La conducta constituye el fruto; la mente representa la raíz. Por esa razón el Nuevo Pacto no se limita a corregir acciones exteriores. El Espíritu Santo trabaja silenciosamente sobre nuestra manera de comprender la vida, formando progresivamente en nosotros el pensamiento del Hijo.

Esta verdad posee una importancia enorme para el tema que venimos desarrollando. El espíritu acusador no se manifiesta únicamente a través de palabras duras o de juicios

injustos. Antes de hablar, interpreta. Antes de condenar, observa la realidad desde una determinada perspectiva.

Su problema más profundo no consiste solamente en aquello que dice, sino en la forma en que mira a las personas. Allí donde encuentra una debilidad, supone un fracaso definitivo; donde descubre una caída, imagina un destino sin esperanza; donde aparece una herida, concluye que ya no existe posibilidad de restauración.

Jesucristo contempla exactamente la misma realidad y, sin embargo, arriba a conclusiones completamente distintas. Él nunca negó la gravedad del pecado ni disminuyó la importancia de la santidad. Pero tampoco permitió que el pecado tuviera la última palabra sobre la historia de una persona. Siempre miró más allá de la condición presente para contemplar la obra que el Padre estaba dispuesto a realizar mediante la gracia.

Resulta suficiente recorrer los Evangelios para advertir esta diferencia. Simón era impulsivo e inestable, pero Jesús veía en él una roca sobre la cual levantaría responsabilidades importantes dentro de la Iglesia. Mateo era conocido como publicano; Cristo vio a un futuro evangelista. La mujer samaritana cargaba una historia marcada por profundas frustraciones; el Señor contempló en ella una adoradora que anunciaría al Mesías en su ciudad. Mientras muchos observaban únicamente el pasado, el Hijo veía el propósito eterno del Padre.

Esta manera de mirar no nacía del optimismo humano ni de una actitud ingenua frente a las dificultades. Nacía de una comprensión perfecta de la obra de Dios. Cristo nunca quedó atrapado dentro del presente porque conocía el poder transformador del Reino. Donde otros contemplaban únicamente la semilla, Él ya veía el fruto; donde los hombres descubrían solamente ruinas, el Padre comenzaba a levantar una nueva creación.

Aquí encontramos una de las razones por las cuales Pablo habla de la renovación de la mente. En **Romanos 12:2** exhorta a los creyentes a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados mediante la renovación de su entendimiento.

No propone un simple cambio de información, sino una transformación profunda de los criterios con los cuales interpretamos la existencia. La mentalidad del viejo hombre continúa evaluando todas las cosas desde la lógica de la caída; la mente renovada aprende progresivamente a contemplarlas desde la perspectiva del Reino.

Esta diferencia modifica incluso nuestra manera de leer las Escrituras. Podemos acercarnos a la Biblia buscando argumentos para condenar o podemos leerla contemplando la revelación de Cristo. En ambos casos utilizaremos los mismos textos, pero el resultado será completamente distinto.

Los fariseos conocían profundamente las Escrituras y, sin embargo, no reconocieron al Verbo hecho carne cuando

estuvo delante de ellos. Jesús mismo les dijo: ***“Escudriñáis las Escrituras... y ellas son las que dan testimonio de mí”*** (Juan 5:39). Habían aprendido a leer la Palabra sin llegar a contemplar el corazón del Padre.

Este peligro continúa existiendo en nuestros días. Es posible conocer mucha doctrina y, al mismo tiempo, conservar una manera de pensar profundamente ajena al Evangelio. Podemos defender correctamente la verdad y, sin embargo, utilizarla de una forma completamente opuesta al propósito para el cual Dios la reveló. La mente de Cristo no consiste únicamente en pensar correctamente acerca de Dios; consiste también en mirar al hombre desde la perspectiva de la gracia.

Por eso Pablo afirma que ***“el amor de Cristo nos constriñe”*** (2 Corintios 5:14). No dice simplemente que el amor nos emociona o nos inspira. Nos gobierna. Cambia nuestros criterios. Reordena nuestras prioridades. Comienza a enseñarnos a interpretar la realidad desde un centro completamente nuevo. Poco a poco dejamos de preguntar quién merece nuestra compasión para comenzar a preguntarnos cómo el Padre desea manifestar Su gracia en cada situación.

Este proceso no ocurre de manera instantánea. La renovación de la mente constituye una obra paciente del Espíritu Santo. Él utiliza la Palabra, la comunión con Cristo, la vida de la Iglesia y aun las circunstancias cotidianas para

desprendernos progresivamente de la antigua manera de pensar.

Muchas veces descubrimos, con cierta sorpresa, que todavía interpretamos determinadas situaciones desde categorías propias del viejo hombre. No debemos desanimarnos por ello. Precisamente para eso el Espíritu permanece obrando en nosotros: para llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo.

A medida que esta renovación avanza, también cambia nuestra manera de relacionarnos con quienes nos rodean. Dejamos de definir a las personas por el peor capítulo de su historia. Aprendemos a distinguir entre la realidad presente y el propósito eterno de Dios. La paciencia comienza a reemplazar la impaciencia, la misericordia desplaza lentamente a la condenación y la esperanza ocupa el lugar que antes pertenecía al pesimismo espiritual.

No se trata de cerrar los ojos delante del pecado. Se trata de contemplarlo desde la misma cruz donde Dios decidió vencerlo. Allí comprendemos que ninguna caída posee más autoridad que la gracia de Cristo y que ningún fracaso puede impedir la obra de Aquel que comenzó en nosotros la buena obra y prometió perfeccionarla hasta el día de Jesucristo.

Tal vez una de las evidencias más claras de una mente renovada consista precisamente en esto: dejamos de mirar a las personas únicamente desde lo que son hoy para comenzar

a contemplarlas desde aquello que Dios está formando en ellas. El Espíritu Santo nunca trabaja exclusivamente sobre el presente; siempre obra teniendo delante el resultado final de la redención. El contempla en cada hijo de Dios la imagen de Cristo que un día será plenamente manifestada.

Por eso la mente de Cristo jamás puede convivir cómodamente con una actitud acusadora. Ambas pertenecen a mundos completamente diferentes. Una interpreta toda la realidad desde la caída; la otra la contempla desde la redención. Una recuerda permanentemente el fracaso; la otra anuncia con perseverancia el propósito eterno del Padre. Una habla el lenguaje de la desesperanza; la otra proclama que la gracia continúa obrando allí donde muchos creen que ya no queda nada por hacer.

Quizá esta sea una de las transformaciones más profundas que el Espíritu Santo desea producir en la Iglesia de nuestro tiempo. No solamente cambiar nuestras palabras, sino renovar nuestros ojos. Porque cuando la mirada cambia, también cambia el corazón; y cuando el corazón comienza a parecerse al de Cristo, las manos dejan de buscar piedras para convertirse, como las Suyas, en manos siempre dispuestas a levantar al que ha caído.

Solo una Iglesia que aprende a pensar con la mente de Cristo podrá manifestar plenamente la cultura del Reino en medio de una generación acostumbrada a juzgar con rapidez y a condenar sin misericordia. Allí donde esa mente gobierna, la gracia deja de ser una doctrina para convertirse en una

manera de vivir, y el mundo comienza a contemplar, a través de la vida de los creyentes, un reflejo cada vez más claro del corazón del Padre revelado en Su Hijo.

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo.”

1 Corintios 2:14 al 16



Capítulo ocho

RESTAURAR CON ESPIRITU DE MANSEDUMBRE

“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.”

Gálatas 6:1

Existen pasajes de las Escrituras cuya profundidad suele pasar inadvertida porque nos hemos acostumbrado a leerlos demasiado rápido. Uno de ellos es, sin duda, la exhortación que Pablo dirige a los creyentes de Galacia acerca de la restauración de quien ha caído. A primera vista parece tratarse simplemente de una instrucción pastoral destinada a orientar la disciplina dentro de la Iglesia. Sin embargo, cuando nos detenemos a considerar cuidadosamente cada una de sus palabras, descubrimos que el apóstol está revelando una de las expresiones más elevadas del carácter de Cristo.

Lo primero que llama la atención es la manera en que Pablo se refiere a la persona que ha pecado. La llama

“hermano”. No minimiza la gravedad de la falta, no niega la necesidad de restauración, pero tampoco permite que el pecado borre inmediatamente la identidad que la gracia había otorgado. ¡Qué diferente resulta esta mirada de aquella que suele producir el espíritu acusador!

La acusación reduce a la persona a su peor momento. El Evangelio recuerda que continúa siendo alguien por quien Cristo derramó Su sangre. Este detalle, aparentemente pequeño, cambia completamente la atmósfera del pasaje. Pablo no está escribiendo acerca de un problema que debe ser eliminado, está hablando de un hermano que necesita ser restaurado y esa diferencia determina todo lo demás.

La palabra que nuestro texto traduce como “restaurar” posee un significado extraordinariamente rico. Era utilizada para describir el trabajo de acomodar un hueso fracturado, reparar una red rota o devolver algo dañado a la condición para la cual había sido creado.

Ninguna de esas tareas puede realizarse con violencia. Un hueso roto no sana mediante golpes. Una red rasgada no vuelve a servir si continuamos desgarrándola. Todo proceso de restauración exige paciencia, precisión y un profundo respeto por aquello que está siendo reparado.

Pablo escoge deliberadamente esa palabra porque refleja exactamente la manera en que Dios trata con nosotros. El Padre jamás abandona aquello que el pecado ha quebrado. Su gracia no consiste en desechar lo dañado para comenzar

nuevamente con otra persona. Él restaura. Toma vidas heridas, historias marcadas por el fracaso, corazones profundamente quebrantados y comienza pacientemente una obra que muchas veces supera toda expectativa humana.

Quien ha contemplado esa forma de obrar difícilmente pueda seguir relacionándose con los demás desde la condenación. Sin embargo, el apóstol añade una condición que resulta aún más sorprendente. La restauración debe realizarse “con espíritu de mansedumbre”. No dice simplemente con paciencia, ni únicamente con amor, habla específicamente de mansedumbre.

La mansedumbre constituye una de las virtudes más incomprendidas de las Escrituras. Con frecuencia se la confunde con debilidad de carácter o con falta de firmeza. Nada más lejos de la realidad. Jesús mismo declaró: ***“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón”*** (Mateo 11:29), y nadie podría afirmar seriamente que el Hijo de Dios carecía de autoridad o de convicciones firmes.

La mansedumbre no consiste en renunciar a la verdad, consiste en expresar la verdad de una manera que refleje el corazón del Padre. Cristo nunca utilizó la verdad para humillar, la utilizó para sanar. Nunca habló con dureza para demostrar superioridad, siempre habló buscando la restauración de quien estaba dispuesto a escuchar.

Por eso la mansedumbre constituye el clima natural donde la gracia realiza su obra. Una corrección pronunciada

sin mansedumbre puede comunicar información verdadera y, sin embargo, fracasar completamente en el propósito de Dios. La persona quizá escuche las palabras, pero difícilmente perciba el amor del Padre detrás de ellas. Y cuando el amor desaparece, la verdad corre el riesgo de transformarse en una simple herramienta de condenación.

Pablo conoce perfectamente este peligro, por eso agrega inmediatamente una exhortación dirigida ya no al hermano que cayó, sino a quien intenta ayudarlo. ***“Considerándote a ti mismo”***. Estas pocas palabras destruyen de un solo golpe toda actitud de superioridad espiritual.

Antes de mirar la caída ajena, recuerda tu propia fragilidad. Antes de emitir un juicio, recuerda cuánto has necesitado la paciencia de Dios. Antes de señalar el pecado del otro, contempla nuevamente la cruz donde también tu culpa fue perdonada.

No existe mejor antídoto contra el orgullo religioso que una memoria viva de la gracia recibida. Quien ha olvidado de dónde fue rescatado corre siempre el riesgo de convertirse en un administrador severo de una misericordia que él mismo recibió gratuitamente.

Quizá aquí encontremos una de las diferencias más profundas entre la espiritualidad del Reino y la religiosidad. La religión suele producir especialistas en detectar errores. El Reino forma hombres y mujeres capaces de restaurar vidas.

La religión se siente cómoda pronunciando diagnósticos. El Evangelio se involucra en los procesos de sanidad. La religión muchas veces pregunta quién tuvo la culpa, pero Cristo pregunta cómo devolver la vida. No se trata de dos estilos ministeriales diferentes, se trata de dos naturalezas completamente distintas, una nace del árbol del conocimiento del bien y del mal y la otra brota del árbol de la vida. Y solamente esta última posee el poder de producir verdadera restauración.

Por eso la Iglesia jamás debería ser conocida únicamente por su capacidad para identificar el pecado. El mundo también sabe señalar errores. Lo que el mundo no puede ofrecer es una comunidad donde la verdad y la gracia caminen juntas, donde el arrepentimiento encuentre un camino abierto hacia la restauración y donde quienes han caído descubran que todavía existe esperanza porque Cristo continúa obrando en medio de Su pueblo.

Esto no significa que todos los procesos de restauración sean sencillos ni que puedan desarrollarse sin tiempo, sin sabiduría o sin límites saludables. Hay heridas que requieren paciencia, responsabilidades que necesitan ser recuperadas progresivamente y consecuencias que no siempre desaparecen de manera inmediata.

La gracia nunca elimina la necesidad del crecimiento; lo hace posible. Restaurar no significa ignorar los procesos. Significa acompañarlos con el mismo corazón con el que el Padre decidió acompañar el nuestro.

Quizá una de las imágenes más hermosas del ministerio de Jesús aparezca precisamente después de la resurrección, cuando se encuentra nuevamente con Pedro a orillas del mar de Galilea. El discípulo que había negado públicamente a su Maestro no recibe una humillación pública como respuesta. Tampoco encuentra indiferencia. Encuentra un desayuno preparado por el Señor, una conversación profundamente restauradora y una nueva comisión: ***“Apacienta mis ovejas”***.

El mismo Cristo que conocía perfectamente la magnitud de su caída también conocía el propósito que todavía deseaba cumplir por medio de él. Así obra siempre la gracia, no niega las lágrimas, pero tampoco permite que las lágrimas escriban el último capítulo de la historia. La última palabra pertenece siempre al amor redentor del Padre.

Y cuando esa verdad gobierna el corazón de la Iglesia, la comunidad deja de convertirse en un tribunal donde las personas únicamente escuchan sentencias para transformarse en un hogar donde los hijos aprenden juntos a parecerse cada día más a Jesucristo.

Quizá esa sea una de las evidencias más claras de que la mente de Cristo está siendo formada en nosotros. Dejamos de preguntarnos únicamente quién cayó y comenzamos a preguntarnos cómo podemos caminar junto a ese hermano hasta verlo nuevamente de pie. Porque la verdadera espiritualidad nunca encuentra satisfacción en la caída de

otro. La verdadera espiritualidad se alegra cuando la gracia consigue levantar aquello que el pecado había derribado.

Solo una Iglesia formada por hombres y mujeres profundamente conscientes de la gracia que ellos mismos recibieron podrá convertirse en un lugar donde la restauración deje de ser una excepción para convertirse en una expresión natural del Reino de Dios.



PARTE III

LA VICTORIA SOBRE TODA ACUSACIÓN

Capítulo nueve

EMBAJADORES DE LA RECONCILIACIÓN

“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”

2 Corintios 5:20

Una de las imágenes más nobles utilizadas por el apóstol Pablo para describir la misión de la Iglesia es la del embajador. No escogió esa figura de manera casual. En el mundo antiguo, un embajador no representaba sus propias ideas, sus preferencias personales ni sus emociones del momento. Su autoridad consistía precisamente en hablar en nombre del reino que lo había enviado. Allí donde él estaba presente, su nación se hacía visible. Sus palabras, sus decisiones y aun su comportamiento debían reflejar el carácter del soberano a quien representaba.

Pablo afirma que esa es exactamente la condición de la Iglesia en el mundo. No hemos sido enviados para construir un reino propio, no anunciamos nuestras opiniones como si fueran la verdad definitiva, no representamos una tradición

religiosa, una corriente teológica o una determinada cultura eclesiástica. “Representamos a Cristo”.

Y representar a Cristo implica mucho más que repetir correctamente Sus enseñanzas. Significa permitir que Su carácter encuentre expresión en nuestra manera de vivir. El Reino nunca se comunica únicamente mediante conceptos; se hace visible cuando la vida del Rey comienza a reflejarse en quienes pertenecemos a Él.

Esta verdad adquiere una importancia enorme cuando recordamos todo el camino recorrido hasta aquí. Si hemos sido justificados, adoptados, reconciliados, hechos una nueva creación y transformados por la mente de Cristo, todo ello posee un propósito que trasciende nuestra experiencia personal. Dios no realiza esa obra únicamente para nuestro beneficio. La realiza para que el mundo pueda contemplar, a través de la Iglesia, un anticipo visible de Su Reino.

Por esa razón Pablo vincula inmediatamente la figura del embajador con el ministerio de la reconciliación. El representante del Reino no ha sido enviado principalmente para administrar condenación. Ha sido enviado para anunciar que, en Cristo, Dios abrió un camino de regreso hacia Él. El mensaje que llevamos no consiste en recordar continuamente a los hombres la profundidad de su caída, sino en proclamar la inmensidad de la gracia que salió a buscarlos.

Esto no significa minimizar la realidad del pecado. Sería imposible anunciar la reconciliación sin reconocer

antes aquello que hizo necesaria esa reconciliación. Sin embargo, el centro del Evangelio nunca ha sido el pecado del hombre, sino el amor de Dios manifestado en Jesucristo. El pecado explica por qué necesitábamos ser salvados; Cristo revela cómo el Padre decidió salvarnos.

Cuando la Iglesia olvida esta diferencia, corre el riesgo de convertirse en una institución conocida más por aquello contra lo que está que por la Persona a quien anuncia. Entonces el mensaje pierde su belleza original. La verdad permanece, pero deja de estar envuelta por el mismo amor con el cual Dios decidió comunicarla. Y el mundo termina contemplando una caricatura del Reino en lugar del rostro del Salvador.

Jesús jamás permitió que eso ocurriera. Cada vez que anunciaba el Reino, la verdad y la gracia caminaban inseparablemente unidas. Llamaba al arrepentimiento porque el Reino se había acercado. Invitaba a abandonar el pecado porque el Padre estaba abriendo una nueva vida. Nunca utilizó la verdad para cerrar la puerta de la esperanza. Al contrario, la verdad constituía precisamente el camino por el cual la esperanza llegaba hasta quienes más la necesitaban.

Esta misma responsabilidad descansa ahora sobre la Iglesia. Somos embajadores de un Reino cuya mayor demostración de poder no fue la destrucción de sus enemigos, sino la reconciliación de quienes estaban perdidos. Representamos al Rey que venció cargando una cruz antes que empuñando una espada; al Señor que lavó los pies de Sus

discípulos; al Maestro que oró por quienes lo crucificaban y que, resucitado, salió al encuentro de los mismos que lo habían abandonado.

¿Qué imagen del Rey recibiría el mundo si solo conociera a Cristo a través de nuestra manera de tratar a los demás? Esa pregunta debería acompañar constantemente la vida de la Iglesia. Porque cada palabra pronunciada, cada conflicto enfrentado y cada proceso de restauración se convierten, de alguna manera, en una ventana a través de la cual otros contemplan el carácter del Señor a quien decimos representar.

Vivimos en una generación acostumbrada a reaccionar con rapidez. Las redes sociales han acelerado los juicios, multiplicado las condenas públicas y convertido la exposición de las debilidades ajenas en una forma habitual de entretenimiento. La cultura de la cancelación enseña que quien falla merece ser descartado. El Reino anuncia algo completamente diferente. Sin negar la verdad ni justificar el pecado, proclama que la gracia posee poder para restaurar aquello que parecía definitivamente perdido.

Precisamente allí la Iglesia manifiesta que pertenece a otro Reino. No porque ignore los conflictos de su tiempo, sino porque responde a ellos desde una lógica diferente. Mientras el mundo busca vencedores y vencidos, el Evangelio busca reconciliados. Mientras muchos construyen identidad señalando enemigos, el Reino forma una familia alrededor del Cordero. Mientras la cultura dominante mide el

valor de las personas por sus aciertos o fracasos, el Padre las contempla a la luz de la obra consumada de Su Hijo.

Esta diferencia no siempre será comprendida. Del mismo modo que Jesús fue malinterpretado por extender Su misericordia hacia publicanos y pecadores, la Iglesia también experimentará momentos en los que la gracia será confundida con debilidad. Sin embargo, nunca debemos olvidar que el objetivo del Reino no consiste en obtener la aprobación de la cultura, sino en permanecer fiel al carácter de Cristo.

Representar correctamente al Rey exige algo más que un discurso bien elaborado. Exige una vida transformada por la presencia del Espíritu Santo. Solo Él puede formar en nosotros una paciencia que el mundo no entiende, una misericordia que supera toda lógica humana y una firmeza capaz de sostener la verdad sin abandonar jamás el amor.

Por eso el ministerio de la reconciliación constituye mucho más que una tarea entre otras. Es la expresión visible de la obra que Dios realizó primero en nuestro propio corazón. Quien ha sido reconciliado con el Padre comienza espontáneamente a convertirse en un instrumento de reconciliación. Quien ha experimentado la gracia aprende también a extenderla. Quien ha descubierto la paciencia de Cristo deja de apresurarse a emitir sentencias definitivas sobre los demás.

Cada vez que la Iglesia vive de esa manera, el Reino se vuelve visible. No mediante espectáculos extraordinarios

ni por el poder de una organización humana, sino porque el mundo alcanza a contemplar, aunque sea por un instante, cómo es verdaderamente el corazón del Rey.

Y ese, quizá, sea el mayor privilegio que podamos recibir los embajadores del Reino: que quienes nos observen terminen deseando conocer personalmente al Soberano a quien representamos. ¡Jesucristo el Rey de gloria!



Capítulo diez

VICTORIA DEFINITIVA SOBRE LA ACUSACIÓN

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece... no guarda rencor... todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser.”

1 Corintios 13:4 y 8

A lo largo de estas páginas hemos recorrido un camino extenso. Comenzamos contemplando la dureza de las piedras levantadas contra una mujer culpable. Descubrimos la estrategia del acusador, observamos sus objetivos, analizamos la profundidad de sus heridas y, finalmente, dirigimos nuestra mirada hacia la obra consumada de Cristo.

Hemos visto cómo el Padre regeneró, justificó, reconcilió y dio origen a una nueva creación. Descubrimos también que el Espíritu Santo renueva nuestra manera de pensar, nos convierte en ministros de reconciliación y nos envía al mundo como embajadores del Reino. Sin embargo, todo ese recorrido podría resumirse en una sola palabra. “Amor”.

No un amor entendido como un sentimiento pasajero o una simple inclinación emocional, sino como la manifestación misma de la naturaleza de Dios. Porque, cuando Juan afirma que ***“Dios es amor”*** (1 Juan 4:8), no está describiendo únicamente una de Sus cualidades. Está revelando el clima donde toda la obra de la redención encuentra su origen, su desarrollo y su consumación.

Quizá por eso Pablo coloca el amor en el centro de la vida cristiana. Después de hablar acerca de ministerios, dones espirituales y manifestaciones extraordinarias del Espíritu, detiene deliberadamente la mirada de la Iglesia sobre una realidad mucho más profunda. Todo aquello posee valor únicamente cuando nace del amor y conduce nuevamente hacia él. De otro modo, aun las expresiones más llamativas de la espiritualidad terminan vaciándose de su verdadero significado.

Esta verdad posee una relación directa con el tema de la acusación. El espíritu acusador puede imitar muchas cosas, pero jamás podrá reproducir el amor de Cristo. Puede disfrazarse de celo por la verdad, de defensa de la doctrina o de preocupación por la santidad. Sin embargo, tarde o temprano termina revelando su verdadera naturaleza porque disfruta del descrédito, encuentra satisfacción en la humillación y experimenta una secreta complacencia cuando la caída ajena confirma sus sospechas. El amor actúa de una manera completamente distinta. No porque ignore el pecado, sino porque jamás deja de contemplar al pecador desde la esperanza de la redención.

Por eso Pablo afirma que el amor *“todo lo espera”*. No está promoviendo una ingenuidad incapaz de reconocer la realidad. Está describiendo una confianza profundamente arraigada en el poder transformador de Dios. El amor nunca deposita su esperanza principalmente en las capacidades humanas. Descansa en la fidelidad del Padre que continúa obrando aun allí donde los hombres creen que ya no existe posibilidad de cambio.

Resulta significativo observar que, cuando Pablo describe el amor, casi todas sus expresiones contradicen directamente la lógica de la acusación. El amor no busca su propio interés; la acusación gira permanentemente alrededor de sí misma. El amor no guarda rencor; la acusación necesita mantener viva la memoria de las ofensas. El amor no se goza de la injusticia; la acusación suele encontrar satisfacción en la exposición pública del fracaso ajeno. El amor todo lo soporta porque conoce la paciencia con la que Dios mismo ha tratado nuestra propia vida.

No estamos delante de dos actitudes incompatibles únicamente desde el punto de vista moral. Nos encontramos frente a dos naturalezas completamente distintas. Una pertenece al viejo hombre y la otra nace del Espíritu Santo. Por esa razón el fruto del Espíritu no comienza con el poder, ni con la sabiduría, ni con la autoridad. Comienza con el amor. Todo lo demás brota naturalmente de él.

Quizá aquí comprendamos por qué Jesús resumió toda la Ley y los Profetas en el amor a Dios y al prójimo. No

estaba simplificando las exigencias divinas. Estaba revelando el corazón desde el cual toda verdadera obediencia encuentra sentido. Quien ama al Padre comenzará también a amar aquello que el Padre ama. Y el Padre ama profundamente a los hombres por quienes entregó a Su propio Hijo.

Cuando esta verdad desciende al corazón de la Iglesia, también cambia nuestra manera de corregir, de exhortar y de acompañar a quienes atraviesan procesos difíciles. La verdad deja de convertirse en un instrumento para demostrar superioridad y comienza a manifestarse como una expresión del amor que busca restaurar. Incluso las conversaciones más difíciles adquieren otro tono porque ya no nacen de la necesidad de vencer una discusión, sino del deseo sincero de ganar un hermano.

No existe mayor evidencia de madurez espiritual que esta. Durante mucho tiempo algunos creyentes asociaron la espiritualidad principalmente con determinadas experiencias sobrenaturales o con un conocimiento cada vez más amplio de las Escrituras. Todo ello posee un enorme valor. Pero Pablo nos recuerda que el verdadero crecimiento siempre termina pareciéndose a Cristo. Y Cristo jamás utilizó Su autoridad para engrandecerse a Sí mismo. Toda Su vida fue una manifestación continua del amor del Padre.

Tal vez por eso la acusación resulta tan incompatible con la cultura del Reino. Allí donde el amor gobierna, la acusación comienza lentamente a perder espacio. No porque desaparezcan los conflictos o porque el pecado deje de existir, sino porque la gracia ocupa el lugar que antes

pertenecía a la condenación. La verdad continúa siendo anunciada, pero ahora camina tomada de la mano del amor. Y esa unión posee una fuerza transformadora que ninguna estrategia humana puede producir.

Al llegar a este punto comprendemos que la victoria definitiva sobre el espíritu acusador jamás consistirá simplemente en aprender a responder correctamente frente a quienes nos condenan. La verdadera victoria consiste en permitir que el amor del Padre transforme tan profundamente nuestro corazón que ya no podamos relacionarnos con nadie de una manera distinta a aquella con la que Cristo decidió relacionarse con nosotros.

Solo entonces el Reino deja de ser una doctrina para convertirse en una vida. Solo entonces la gracia deja de ser un concepto para transformarse en una cultura. Solo entonces la Iglesia comienza a parecerse verdaderamente a su Señor. Y cuando eso sucede, las piedras ya no encuentran lugar en nuestras manos.

Porque han sido reemplazadas por el amor que un día descendió del cielo, tomó sobre Sí nuestra condenación y abrió para siempre el camino hacia los brazos del Padre.



Capítulo once

EL DIA QUE TODA ACUSACIÓN CALLARÁ

“¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.”

Romanos 8:33 y 34

Toda gran historia conduce finalmente a un encuentro. Después de recorrer los caminos de la promesa, de atravesar los desiertos de la fe, de conocer las luchas, las lágrimas y las victorias del Reino, la esperanza cristiana siempre dirige nuestra mirada hacia un mismo horizonte: el día en que estaremos definitivamente delante de Jesucristo.

Ese día ha ocupado el corazón de la Iglesia desde el comienzo. Los primeros creyentes vivían aguardando la manifestación gloriosa del Señor. No esperaban simplemente el final de la historia; esperaban el rostro de Aquel que los había amado hasta entregar Su propia vida por ellos. La

esperanza cristiana nunca ha sido solamente un acontecimiento futuro. Siempre ha sido una Persona.

Sin embargo, a lo largo del tiempo, muchos hijos de Dios comenzaron a mirar ese encuentro con una mezcla de amor y de temor. La imaginación religiosa terminó construyendo la imagen de un tribunal donde cada creyente volvería a enfrentarse con todas sus culpas, como si la cruz hubiera dejado asuntos pendientes que todavía debieran resolverse. Poco a poco, la expectativa del encuentro con Cristo fue siendo reemplazada por el miedo a una nueva condenación. Pero esa no es la esperanza que anuncia el Evangelio.

Después de todo lo que hemos recorrido en estas páginas, resulta imposible llegar a esa conclusión. Si el Padre ya nos justificó, si el Hijo cargó plenamente nuestra condenación, si fuimos reconciliados, adoptados e incorporados a una nueva creación, ¿qué sentido tendría imaginar un tribunal destinado a revisar nuevamente aquello que la sangre de Cristo declaró definitivamente resuelto?

Pablo responde a esa inquietud con una de las afirmaciones más gloriosas de toda la Escritura: ***“¿Quién acusará a los escogidos de Dios?”***. Se que ya mencioné este pasaje anteriormente, pero observemos una vez más y cuidadosamente la pregunta. No dice: “¿Existirán acusaciones?”, porque sabemos que sí. Toda la historia bíblica demuestra que las habrá. La pregunta es otra. ¿Quién posee

autoridad para sostenerlas delante del trono de Dios? Y la respuesta llega inmediatamente. ***“Dios es el que justifica”***.

Todo el peso de nuestra seguridad descansa sobre esa sencilla declaración. No sobre nuestra perfección, no sobre nuestro desempeño, no sobre la cantidad de aciertos acumulados durante la vida. Descansa sobre el veredicto pronunciado por el único Juez cuya sentencia jamás podrá ser modificada.

Por eso el tribunal de Cristo no representa una amenaza para quienes permanecen en Él. Representa la consumación de la obra que comenzó el día en que la gracia nos encontró. Aquel delante de quien compareceremos es el mismo que nos llamó cuando todavía estábamos perdidos, el mismo que derramó Su sangre para rescatarnos, el mismo que intercedió por nosotros durante todo nuestro peregrinar y el mismo que prometió completar la buena obra que Él mismo inició.

¡Qué diferente resulta contemplar ese día desde la perspectiva del Nuevo Pacto! Ya no caminamos hacia un juez desconocido intentando adivinar cuál será Su decisión. Caminamos hacia nuestro Señor, hacia nuestro Salvador, hacia nuestro Pastor, aquel que nunca dejó de buscarnos, hacia el Rey que lleva para siempre en Su cuerpo las marcas de la cruz.

Las cicatrices de Cristo constituyen la respuesta eterna a toda acusación. Ellas nos recuerdan que la justicia ya fue plenamente satisfecha. Que el pecado fue tratado con

absoluta seriedad, que el amor del Padre no ignoró nuestra culpa, sino que decidió cargarla sobre Su propio Hijo. Cada vez que la conciencia intenta regresar a la condenación, la cruz responde con una palabra definitiva: ***“Consumado es”***.

No existe una segunda cruz, no existe un segundo sacrificio, no existe una segunda justificación. Todo fue consumado en la obediencia perfecta del Cordero.

Eso no vuelve insignificante nuestra manera de vivir. Al contrario. Precisamente porque sabemos hacia quién caminamos, deseamos vivir de una manera digna del Reino que ya comenzó a manifestarse en nosotros. La esperanza del encuentro con Cristo no produce negligencia espiritual; despierta un amor cada vez más profundo por Aquel que nos amó primero. No obedecemos para asegurarnos un lugar delante del Padre. Vivimos para honrar al Rey que ya nos abrió ese lugar mediante Su gracia.

Quizá por eso Juan escribe: ***“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3)***. La santidad cristiana nunca nace principalmente del miedo. Brota de la esperanza. Quien vive contemplando el rostro de Cristo comienza, aun sin advertirlo plenamente, a parecerse cada vez más a Él.

Al mirar hacia atrás comprendemos que toda esta obra ha sido, en realidad, un largo viaje desde un tribunal hasta otro. Comenzamos contemplando a una mujer rodeada de acusadores. Terminamos contemplando a un pueblo rodeado

por la gracia. Comenzamos viendo piedras preparadas para destruir. Terminamos contemplando las manos del Cordero que fueron atravesadas para salvar. Comenzamos escuchando voces que exigían condenación. Terminamos escuchando la voz del Padre que, en Cristo, pronunció para siempre el veredicto de nuestra aceptación.

Entonces comprendemos que el espíritu acusador jamás tuvo la última palabra. No la tuvo en la vida de aquella mujer, no la tuvo en la cruz, no la tendrá sobre la Iglesia, no la tendrá sobre ninguno de aquellos que pertenecemos al Hijo. Porque la historia de la redención nunca fue la historia del triunfo de la acusación, siempre fue la historia del triunfo de la gracia.

Quizá algún día, cuando toda lágrima haya sido enjugada y toda la creación contemple la gloria del Reino plenamente manifestada, entenderemos con una profundidad que hoy apenas alcanzamos a imaginar cuánto significó realmente la cruz. Ese día ya no existirá condenación, ni culpa, ni temor, ni vergüenza. Toda voz que pretendió levantar acusaciones habrá callado para siempre delante del Cordero.

Y mientras la eternidad comienza a desplegar su plenitud, solo una voz continuará resonando sobre todo el universo. No será la voz del acusador, será la voz del Rey. La misma voz que un día dijo a una mujer temblorosa: ***“Ni yo te condeno”***. La misma voz que llamó a pecadores, restauró a los quebrantados, levantó a los caídos y abrió un camino

nuevo y vivo hacia el Padre. La misma voz que sigue llamando hoy a Su Iglesia a vivir no bajo el peso de la acusación, sino bajo la libertad gloriosa de la gracia.

Porque el Evangelio nunca fue la historia de hombres que aprendieron a defenderse de sus acusadores. Fue, desde el principio hasta el final, la historia del Hijo de Dios que venció definitivamente toda acusación mediante el poder infinito de Su amor.

Y allí, delante de Él, comprenderemos finalmente que las piedras quedaron para siempre sobre el polvo del camino, mientras la gracia continúa reinando por toda la eternidad.

... ¡A él sea toda la gloria por siempre! Amén.

Romanos 11:36 NTV



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda

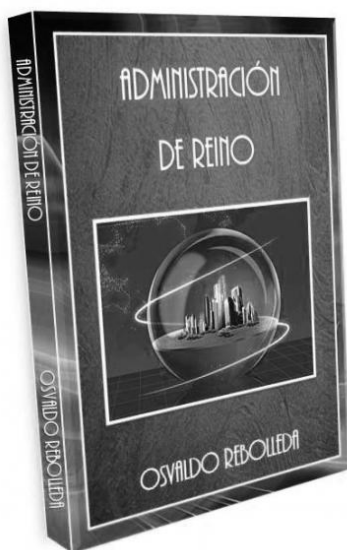


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

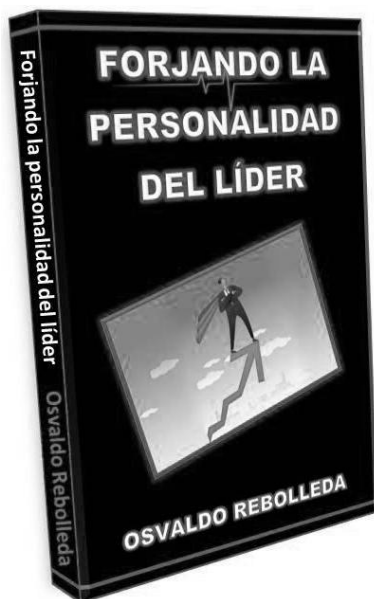
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

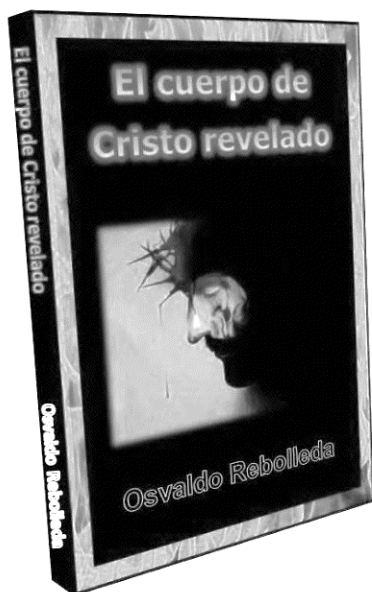
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

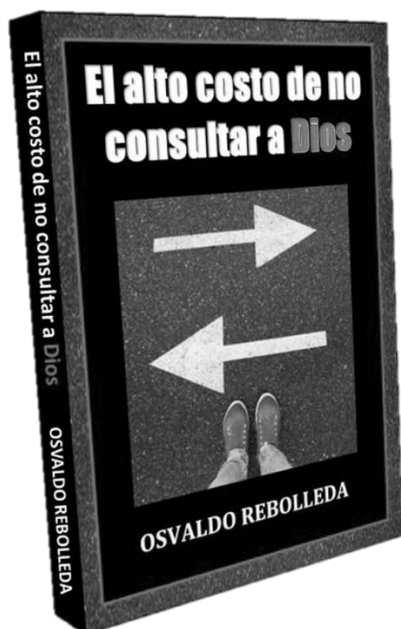


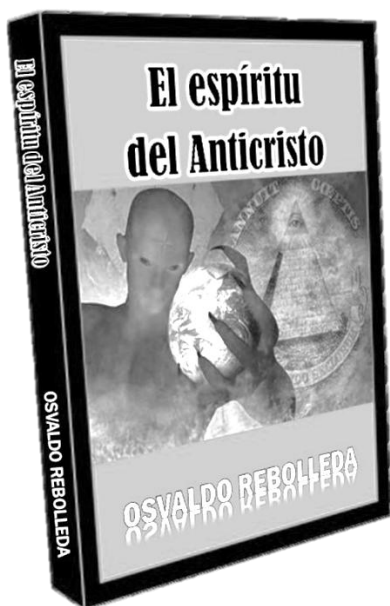
www.osvaldorebolleda.com



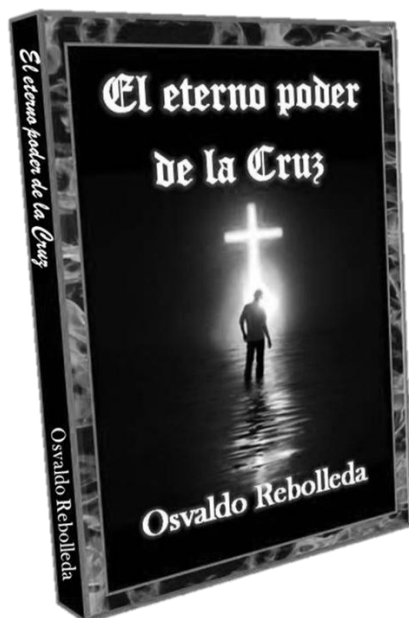
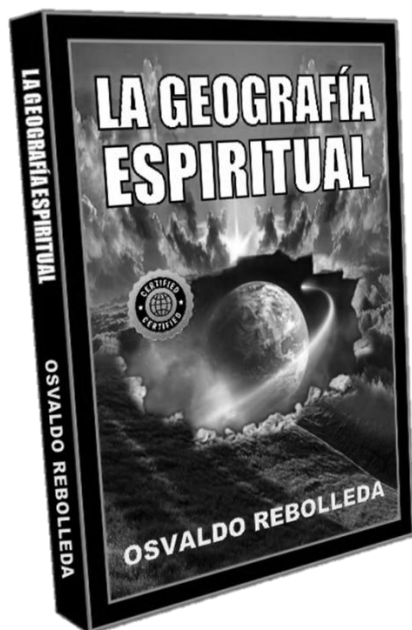


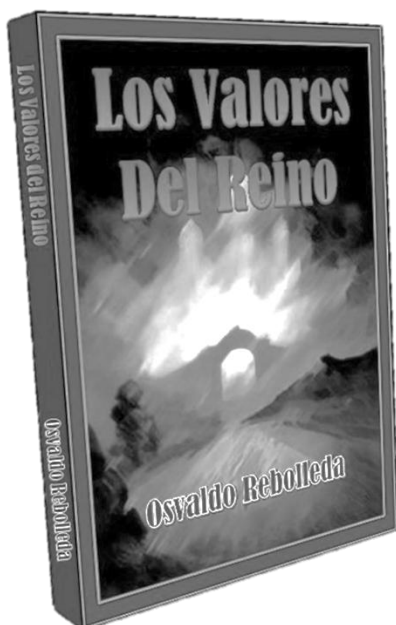
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

